

EDIFICANDO UNA NUEVA GEOGRAFÍA CRÍTICA: DEL DISCURSO DE LA SOSTENIBILIDAD A LA IDEOLOGÍA POSTHUMANISTA

CASELLAS, ANTÒNIA

Universitat Autònoma de Barcelona

antonia.casellas@uab.cat

POLI, CORRADO

Università di Comunicazione e Lingue (IULM), Milano

Resumen

El presente modelo en políticas públicas y decisiones empresariales ha reportado graves costes sociales y medioambientales. Apuntando la necesidad de un nuevo paradigma, el artículo identifica las limitaciones del discurso de la sostenibilidad, para después argumentar el potencial de una nueva ontología que, apartándose tanto de las formulaciones de los teóricos neoliberales como marxistas de carácter materialista, identifica la naturaleza como sujeto de derecho. Se inicia el debate sobre una ideología posthumanista para una reformulación de las presentes prácticas económicas y territoriales.

Palabras clave: desarrollo económico, territorio, geografía crítica, sostenibilidad

Abstract

The present public policy and business decision model had serious social and environmental costs. Addressing the need for a new paradigm, the article identifies the limitations of the sustainable development discourse, to argue the potential of a new ontology that, away from both the theoretical formulations of liberal and Marxist materialism, identifies nature as subject of rights. It initiates a debate on a posthumanist ideology, which involves a reformulation of the present economic and territorial practices.

Key words: economic development, territory, critical geography, sustainability

1. INTRODUCCION

Como consecuencia de las restricciones presupuestarias impuestas dentro de la Unión Europea como respuesta a la crisis estructural del capitalismo iniciado en el 2007, la realidad social y económica de países del sur de Europa se está modificando de forma radical, con amplios costes sobre las capas de población más vulnerable. Se puede argumentar, tal como Harvey (2011) indica, que lo que se inició como crisis financiera ha sido transformado paulatinamente en crisis fiscal, en la medida en que los déficits, riesgos y eventual colapso del sector privado se han transferido al sector público. En el caso de la Unión Europea, la fragilidad política del proyecto europeo y la disparidad de intereses y realidades nacionales han agudizado la problemática. Esta

situación requiere de nuevas formulaciones no sólo técnicas, como se apunta desde amplios ámbitos del mundo político y académico, sino teóricas y epistemológicas.

Con este objetivo, el presente artículo argumenta la necesidad de nuevos enfoques teóricos que, apartándose del ineficiente discurso de la sostenibilidad, reformulen los objetivos de desarrollo y crecimiento dominantes hasta la fecha. El presente modelo en políticas públicas y decisiones empresariales privadas, no sólo ha reportado graves costes tanto sociales como medioambientales, sino que finalmente ha entrado en crisis estructural. Una aproximación hacia una nueva reformulación tiene fuertes implicaciones para la geografía crítica, la cual aún permanece anclada en una comprensión tradicional de la relación entre los humanos y la naturaleza basada en el materialismo histórico. Apuntando la necesidad de un nuevo paradigma, el artículo identifica las limitaciones del discurso de la sostenibilidad, para después argumentar el potencial de una nueva ontología que, apartándose tanto de las formulaciones de los teóricos neoliberales como marxistas, identifica la naturaleza no como objeto de explotación para el crecimiento económico entendido en el sentido clásico, sino como sujeto de derecho (POLI, 2012), fundamentando una ética posthumanista (GIBSON-GRAHAM, 2010), que comporta una reformulación de las presentes prácticas económicas y territoriales.

2. LA CRISIS MEDIOAMBIENTAL Y LA REACCIÓN CIENTÍFICA

Desde el inicio de la revolución industrial los seres humanos hemos desarrollado una capacidad sin precedentes para influir y transformar la naturaleza. Más recientemente, y como consecuencia de presiones medioambientales y limitación de los recursos energéticos, nos hemos vuelto conscientes del cambio crítico sin precedentes que se ha producido entre la humanidad y la naturaleza. Los geógrafos y especialistas en ciencias naturales, a menudo interesados en taxonomías, han declarado que hemos entrado en una nueva era geológica, el Antropoceno, en referencia a la fuerza transformadora de la especie humana. El término Antropoceno fue citado por primera vez por Paul Crutzen en 2000, y más tarde promovido por la Sociedad Geológica de Londres y los medios de comunicación como *The Economist* (2011).

Podemos cuestionar si es posible o incluso plausible para los seres humanos el ser capaces de detectar el paso de una era geológica a otra, mientras la transición está aún en marcha. Una justificación que podríamos aportar es que las eras geológicas han sido conceptualizadas en tiempos modernos por los propios seres humanos. Por lo tanto, tenemos derecho a crear esta clasificación con la única limitación de cierta consistencia en el método utilizado. A pesar del escepticismo que podamos adoptar, en este caso hay por lo menos dos justificaciones para aceptar la declaración de la Sociedad Geológica de Londres. La primera es que el cambio físico del medio natural del planeta se está llevando a cabo a una velocidad sin precedentes; la segunda, es que si suponemos que el cambio se inició aproximadamente hace tres siglos atrás, en los albores de la revolución industrial, podemos admitir que el fenómeno ha estado activo durante un período de tiempo razonablemente largo.

Por orden de magnitud, la transformación del paisaje por parte de los humanos ya supera anualmente los sedimentos de producción natural. Gibson-Graham y Roelvink (2009) sugieren que ya no son sólo miles de personas o colectividades sino una sola

especie, la humana, la que junto con otras especies, ve amenazada su supervivencia como consecuencia de su propia conducta. Algunos científicos especialistas en cambio climático abogan por una acción humana concertada y racional capaz de evitar la catástrofe. Esto enfoque es loable, pero desgraciadamente no ayuda a construir una política que permita solventar el problema porque las conductas humanas no se ajustan a la racionalidad de las ciencias naturales. No podemos esperar que los científicos en ciencias naturales sean capaces de crear argumentos sofisticados acerca de procesos de transformaciones de comportamiento y cambio social. Como consecuencia de ello, la problemática a la que nos enfrentamos es doble. En primer lugar, la mayoría de las personas todavía confían en la ciencia - y los científicos - para resolver el problema del medioambiente, ajenos al hecho de que ha sido en gran medida la propia ciencia la responsable de parte de la crisis medioambiental. Segundo, las ciencias sociales y humanas, la cual en gran parte está dominada por enfoques economicistas, ha reaccionado de forma ineficaz.

De hecho, la reacción científica ha incluido la aplicación de una serie de soluciones tales como las tecnologías verdes, tratados internacional imposibles de cumplir y súplicas desesperadas a la responsabilidad corporativa que raramente son eficaces o consistentes. La literatura sobre los fracasos del Protocolo de Kioto es abundante. El tratado estableció las reglas y creó incentivos para reducir la contaminación atmosférica, pero no fue ratificado por países clave y/o cumplida por muchos de los signatarios (GARDINER, 2004). De hecho, el protocolo ha ayudado a crear un mercado financiero alrededor del comercio de cuotas de dióxido de carbono, instrumentada dentro de la lógica capitalista. Con respecto a la responsabilidad de las empresas, se aprecia una gran inconsistencia entre la narrativa y la práctica. Uno de los autores (Poli) tuvo una interesante conversación en 2011 con el CEO de una empresa italiana, la cual es la cuarta cementera multinacional del mundo. La producción de cemento es una de las industrias con mayor impacto ambiental debido a las emisiones, alto consumo de energía, producción de polvo y transporte de materiales. El director general de la empresa cementera se mostró sinceramente preocupado por las amenazas ambientales y el deterioro que su producción genera y expresó su voluntad de tratar la reducción de los impactos ambientales de su actividad, al mismo tiempo que expandía su negocio. De hecho, podríamos argumentar que el CEO es consciente de que la producción de cemento tiene que reducirse drásticamente de forma global, pero al mismo tiempo, presiona a sus colaboradores para construir nuevas plantas, debido a los desafíos del mercado. Esta contradicción entre la conciencia ambiental y las necesidades de su negocio está presente en muchos actores clave en la toma de decisiones, y ejemplifica una tensión evidente que no se puede pasar por alto argumentando una cuestión de cinismo individual.

3. LAS LIMITACIONES DEL DISCURSO DE LA SOSTENIBILIDAD

En general, podríamos afirmar que el principal problema se encuentra en que el intento de hacer frente a la crisis medioambiental, por lo general, no pone en duda al sistema de producción actual y el supuesto orden neoliberal mundial. Un ejemplo perfecto se encuentra en el enfoque sobre desarrollo sostenible. El argumento sostenible entró en la agenda mundial a través de la Comisión Brundtland de 1987, entendiéndolo como el desarrollo que responde a las necesidades de las generaciones actuales sin

comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades. Sin embargo, no fue hasta 1992, en la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en Río de Janeiro, cuando Naciones Unidas institucionalizó la idea como principio rector y objetivo de política, con el diseño de instrumentos tales como la Agenda 21. Desde entonces, el concepto ha generado grandes debates académicos y políticos, contribuyendo a la introducción de un nuevo debate sobre perspectivas de desarrollo.

El concepto de desarrollo sostenible implica no sólo al ámbito económico, sino también tiene dimensiones ambientales y sociales. Sin embargo, a pesar de muchos esfuerzos epistemológicos y políticos, el concepto se ha demostrado ambiguo y aunque la mayoría de grupos y instituciones sociales abogan por él, al final, las políticas implementadas no han contribuido necesariamente a un cambio radical en la práctica (CASELLAS, 2010). Una crítica que apunta a esta falta de efectividad hace hincapié en que el término se ha convertido en políticamente correcto, pero carece de sentido práctico. Erick Swyngedouw (2007), irónicamente, ilustra el consenso general afirmando que es imposible encontrar a nadie, al margen de orientación política, ideológica, religiosa, edad, nacionalidad o clase social que esté en contra de la sostenibilidad. La debilidad del concepto es aceptada por Naciones Unidas, quién reconoce que el desarrollo sostenible no da ninguna orientación sobre la manera de arbitrar entre los objetivos en conflicto que implica la rentabilidad económica, la justicia social y el equilibrio ecológico (UNECE, 2005). En este sentido, y contrario a un análisis crítico dominante, se podría argumentar que de hecho el concepto de sostenibilidad no ha contribuido a un cambio en la producción; sino que, además de ser necesario para inspirar un poco de esfuerzo con el fin de contener emisiones y retrasar el agotamiento de los recursos, la sostenibilidad ha sido una herramienta fundamental para que el capitalismo se regenerara, llevando a cabo la cíclica destrucción creativa descrita por Schumpeter (1962). Junto con la restructuración financiera del capitalismo tardío (HARVEY, 2011), la sostenibilidad ha contribuido a un replanteamiento de las oportunidades económicas alrededor de la economía verde y ecológica, especialmente en las economías avanzadas que deben competir con la producción masiva y de bajo coste de los países emergentes.

El proceso por el que la sostenibilidad se ha convertido en fundamental para los intereses capitalistas se ha analizado en detalle en trabajos previos de Poli (2010 y 2012). El principal argumento es que la estrategia sostenible se ha convertido en una pseudo-ideología que ha neutralizado el cambio político de gran alcance que se encontraba en la base de los movimientos ecologistas de los años 1970 y 1980. La plataforma para el cambio que estos movimientos representaban se ha despolitizado a través del discurso de la sostenibilidad debido a que las preocupaciones éticas y políticas se han transformado en soluciones científicas y tecnológicas que, muy convenientemente, han servido para el crecimiento económico. Como ha afirmado Poli (2010 y 1994), para fundamentar el análisis de la sostenibilidad en el debate medioambiental, es útil distinguir entre cuatro etapas diferentes de conciencia ambiental, en los que el enfoque sostenible se ubica en el segundo nivel.

El primer nivel de conciencia medioambiental es aquel que considera que el problema del medio ambiente como tal no existe. Se niega la existencia de un problema ambiental, ya que se identifica y se reconoce la existencia de ciertos problemas, tales como las especies en peligro de extinción o la contaminación del aire, etc. Sin embargo, cada problema se percibe y se entiende como un problema separado o distinto.

La segunda etapa de la conciencia ambiental incluye a los individuos que se han dado cuenta de que, en general, se ha entrado en una crisis ambiental que tiene múltiples ramificaciones. Desde esta posición, hay una identificación de un grupo de problemas que afectan a diferentes áreas y se identifican o etiquetada como problema medioambiental. Esto proporciona un vínculo común entre problemas y urbanización, producción y consumo, lo cuales influyen en la creación del problema ambiental. Esta posición implica un cambio cualitativo importante respecto al primer grupo. Sin embargo, la solución que se proporciona en esta etapa de conciencia ambiental opera de forma tradicional, abordando cada problema por separado, y considerando que conviene aplicar o desarrollar soluciones técnicas específicas para cada caso. Los problemas se resuelven por separado y, por tanto, en el mejor de los casos podemos hablar de cooperación interdisciplinaria y coordinación entre las diferentes técnicas implicadas en las soluciones. El enfoque sobre desarrollo sostenible pertenece a este nivel de conciencia. Las tercera y cuarta etapas representan un cambio de paradigma. En el tercer nivel se reconoce que para afrontar el reto medioambiental tenemos que realizar un cambio radical de vida. Las tecnologías verdes no pueden por sí solas resolver el problema si continuamos con nuestros modos actuales de producción y el consumo. El cambio tiene que involucrar una nueva ética y la reformulación de la política social y las estructuras organizativas. La cuarta etapa es la más radical, y afirma que la cuestión ambiental es el problema político fundamental, en torno al cual todas las demás cuestiones políticas y sociales orbitan (POLI, 2010).

Dentro de este marco analítico podemos argumentar que el enfoque de desarrollo sostenible no sólo no es progresista, sino que actúa de forma regresiva y se encuentra instrumentalizado por el sistema capitalista como una herramienta para la regeneración de sí mismo.

4. UNA NUEVA APROXIMACION POSTHUMANISTA

El esfuerzo para encontrar un marco referencial distinto al relato dominante de carácter económico podría basarse en dos pilares. El primero hace referencia a la necesidad de introducir en la ecuación la drástica degradación del planeta, el otro podría ser articulado a través de una ética de lo imprescindible. En consonancia con esta perspectiva, la posición de Gibson-Graham (1996 y 2006) es que debemos comprender y aceptar una perspectiva ontológica y psicológica diferente a la existente, en la que los seres humanos y no humanos están entrelazados. Para hacer frente a esta situación, es necesario un cambio radical de paradigma que nos lleve lejos de un modelo humanista, centrado en las necesidades de la especie humana, a un modelo post-humanista, en la que los seres humanos se perciben como una parte de un complejo rompecabezas de entidades vidas y no vidas, con nuevas prácticas económicas (CASELLAS, 2011).

Este nuevo paradigma tiene que ser sobre la base de una nueva ética y una praxis ética de ser-en-común que, en la esfera económica, tiene en cuenta la necesidad, el consumo, el superávit y los bienes comunales (GIBSON-GRAHAM y ROELVINK, 2010).

Se debe abordar la cuestión sobre cómo actuar, no sólo para la supervivencia personal o social, sino también para la supervivencia ecológica. En el ámbito económico, ello implica cuestionarse qué productos producimos y cómo éstos son consumidos, cómo se asigna el excedente y cómo se distribuye entre los seres humanos y no-humanos. En

última instancia, se tiene que abordar también cómo se producen y sostienen los bienes comunes (GIBSON-GRAHAM, 2006; GIBSON-GRAHAM y ROELVINK, 2009).

En el análisis de la economía clásica, así como en el análisis marxista, la naturaleza se entiende como un factor de producción para la generación de superávit. La naturaleza es la tierra o la localización, la naturaleza es un recurso para producción. Existe con la finalidad de extraer un beneficio. Por supuesto, las diferentes ideologías se diferencian en la forma en la cual apropiar, por parte de los diferentes grupos sociales, el beneficio.

Como Poli (2012) sostiene, durante el pasado siglo los partidos políticos y grupos de opinión pública se articularon con el fin de proteger y mejorar los derechos de los grupos sociales recién formados. Estos grupos competían por la apropiación sobre el excedente de producción. Una facción se alineó con los defensores de la clase obrera, considerando que la justicia social es un prerrequisito previo para la libertad. En el grupo opuesto estaban quienes sostenían que la libertad individual daría lugar a la justicia social en la medida que personas libres y la eficiencia del mercado generarían una economía que a la larga garantizaría una mayor equidad. La síntesis de esta dialéctica produjo una política del estado de bienestar, más o menos desarrollado según países y ligada al contexto de la Guerra Fría. El lenguaje del debate político se articuló a través de una mayor o menor intervención del gobierno en los conflictos sociales, en la vida privada, en el control de la economía y así sucesivamente. Otras preocupaciones que podrían haber mantenido separados a los grupos debido a diferencias entre creencias, sistemas religiosos, identidades nacionales, preferencias de género, etc. fueron en gran parte ignoradas.

El discurso y los partidos políticos se organizaron alrededor de esta base dialéctica, con posiciones que iban desde estrategias moderadas a maximalistas. En el presente contexto, se podría argumentar que la razón de ser de esta política discursiva es obsoleta desde hace varias décadas. La sociedad de masas y clasista es un esquema interpretativo que no es adecuado para describir el funcionamiento de la realidad social existente. La caída del comunismo y la pseudo-ideología del desarrollo sostenible son a la vez emblemas y consecuencias de esta transformación de la sociedad (POLI, 2010). Sin embargo, el discurso político tradicional, es decir, el que otorga prioridad al desarrollo social, la justicia o la libertad individual, sigue profundamente arraigado en las instituciones, las organizaciones, el lenguaje y la mentalidad.

Numerosos autores han argumentado sobre la necesidad de una revolución medioambiente y algunos de ellos fueron populares durante al menos un par de décadas entre los ambientalistas. Por ejemplo, Georgescu-Roegen (1971) y Herman Daly (1995 y 2007) fueron muy conocidos entre los estudiosos en los años 1970 y 1980. Más recientemente, especialmente en Europa, Serge Latouche (2009) se cita con frecuencia. Sin embargo, sus ideas son ajenas a las plataformas políticas, especialmente porque los miembros de los partidos políticos y las plataformas todavía se articulan alrededor de las antiguas coordenadas ideológicas.

Los partidos verdes que se formaron a finales de 1970 y sobre todo a principios de los años 1980 en Europa y América del Norte, podría haber respondido a esta emergente demanda política, pero fracasaron por varias razones. En primer lugar, cuando se establecieron en Europa por primera vez, en su mayoría se constituyeron a partir de veteranos de la izquierda radical provenientes de las protestas sociales que se produjeron en los años 1960 y 1970. La mayoría de sus afiliados procedían de grupos políticos que desafiaron duramente a los partidos comunistas bien establecidos

en muchos países europeos. Pero a pesar de ser muy críticos con la ortodoxia de la Unión Soviética, los políticos verdes pertenecía emocionalmente e intelectualmente a la izquierda. Por esta razón, no rompieron la continuidad con el pasado y como consecuencia no pudieron superar su educación política consolidada desde hacía tiempo. Se consideraban a sí mismos más progresistas que los partidos socialistas y comunistas o, como se decía, en la izquierda de los partidos comunistas. La revolución socialista y una fuerte tendencia a una economía controlada por el Estado seguía siendo su objetivo final, ya fuera de forma expresa o no, conscientemente o implícitamente. La protección del medio ambiente era más una herramienta para construir a corto plazo consenso, que una ideología. A pesar de los problemas ecológicos existentes y cada vez más acuciantes, los partidos verdes eran mucho más sensibles a las cuestiones sociales tradicionales. Aún más importante, nunca traicionaron y ni siquiera pusieron en duda su lealtad a la tradicionales coaliciones de izquierda, ya fueran socialistas, socialdemócratas, laboristas, o similares.

Con el transcurso del tiempo la conexión con el socialismo y la herencia marxista se fue debilitando, pero a pesar de ello, ni en Europa ni América del Norte no ha sido posible organizarse políticamente en torno a una política ambiental específica, aunque el medio ambiente y los temas ecológicos han crecido en importancia en todas las plataformas políticas. El Gruene alemán, el mayor partido de los verdes en Europa y en el mundo occidental, se ha convertido en realidad en parte de la clase política y se ha unido a la Grosse Koalition con los conservadores de la democracia-cristiana. La transformación de los verdes alemanes responde a la misma lógica que la del desarrollo sostenible. El partido verde alemán propone una serie de proyectos favorables al medio ambiente, pero no cuestiona el sistema. A pesar de que los problemas ambientales son importantes en su plataforma, no son el elemento central.

Los partidos verdes de España han sido históricamente débiles y fragmentados y sólo han sobrevivido en la escena política cuando han estado estrechamente ligados a la ideología marxista. El mayor partido de los verdes en Españoles fue creado en 1984, un período en el que, como hemos mencionado antes, el movimiento verde era bastante activo en Europa. La Confederación Española de Los Verdes estaba compuesta por una amalgama de los partidos, organizados por regiones, de tal forma que prácticamente todas las Comunidades Autónomas (16) tuvieron su propio partido verde. La confederación formó parte de la coalición del Partido Verde Europeo, de 2004 a 2012, cuando fue expulsado después de concluir que no cumplían con las normas mínimas de democracia interna y no representaban a los movimientos verdes del país. Uno de los pocos partidos que han sobrevivido al desmantelamiento del movimiento verde español es el partido catalán, que al mismo tiempo es el que ha mantenido una alianza estrecha con la ideología marxista. En el contexto de la actual crisis económica, el partido ha revitalizado la narrativa izquierdista tradicional. Los movimientos reivindicativos sociales y de protesta ciudadana surgidos en el contexto de la crisis han sido tan críticos con ellos, como con los partidos conservadores y tradicionales. A pesar de la amplia gama de reclamaciones, un aspecto relevante del movimiento 15M ha sido su voluntad de evitar comprometerse con agendas ideológicas, sindicatos y políticos profesionales.

5. CONCLUSIONES

La crisis estructural en la que ha entrado el capitalismo y que se ha manifestado de forma especialmente acuciante en países el sur de Europa ha concentrado numerosos esfuerzos en intentar recuperar niveles de crecimiento anteriores. Sin embargo, al margen de la imposibilidad de volver a un modelo agotado, el imperativo medioambiental requiere una nueva reformulación de paradigmas. En este sentido, se hace necesario asumir que es preciso redefinir alineaciones y poner en el centro del debate político un dualismo diferente, pero significativo. La dialéctica conservadora vs progresista puede reformularse para convertirse en una nueva dialéctica entre los que priorizan la explotación de la naturaleza frente a los que abogan por una sintonía con ella. Ello implica plantearse la necesidad de una tecnología diferente, al igual que la creación de nuevos productos, nuevos medios de producción y, de forma muy especial, el inicio de un cambio profundo en la economía y la organización social.

Esta aproximación requiere trabajar en pro de la posibilidad de elaborar una nueva ideología, fundada en un enfoque del medio ambiente nuevo, que da la naturaleza la condición de sujeto de derechos. Ello podría permitir a las personas expresar sus capacidades y potencial humano, no para generar crecimiento económico cuyo objetivo final es crear excedente que se acumula en específicos grupos sociales, sino restablecer el potencial creativo de los seres humanos como sujetos que son seres-en-común en el mundo, rompiendo el presente esfuerzo del sistema económico basado en acelerar la obsolescencia de objetos, técnicas y habilidades para producir nuevos e innecesarios productos y servicios. Este es un debate necesario del que la geografía no debe quedar al margen.

BIBLIOGRAFIA

- CASELLAS, A. (2011): “La crisis, la geografía económica y Julie Graham: alternativas de desarrollo local a partir de la crítica feminista”, *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n. 31 (2), págs. 31-46.
- CASELLAS, A. (2010): “La geografía crítica y el discurso de la sostenibilidad: perspectivas y acciones”, *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, n. 56 (3), págs. 575-583.
- DALY, H. (1995): “On Nicholas Georgescu-Roegen’s contributions to economics: An obituary essay”, *Ecological Economics*, n. 13, págs. 149-54.
- DALY, H. (2007): *Ecological economics and sustainable development, selected essays of Herman Daly*. UK, Cheltenham.
- ECONOMIST, THE (2011): “A man-made world”
<http://www.economist.com/node/18741749> [consulta: 02/07/2012]
- GARDINER, S. M. (2004): “The global warming tragedy and the dangerous illusion of the Kyoto Protocol”, *Ethics & International Affairs*, n.18 (1), págs. 18-23.
- GEORGESCU-ROEGEN, N (1971): *The Entropy Law and the Economic Process*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- GIBSON-GRAHAM, J.K. (1996): *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GIBSON-GRAHAM, J.K. (2006): *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- GIBSON-GRAHAM J.K. y ROELVINK, G. (2009): “Social innovation for community economies” en MACCALLUM, D.; MOULAERT, F.; HILLIER J. y VICARI, S. (Eds). *Social Innovation and Territorial Development*. London, Ashgate, págs. 32-51.
- GIBSON-GRAHAM J.K. y ROELVINK, G. (2010): “An economic ethics for the Anthropocene”, *Antipode*, n. 41(s1), págs. p. 320-346.
- HARVEY, D. (2011): “Roepke Lecture in Economic Geography—Crises, Geographic Disruptions and the Uneven Development of Political Responses”, *Economic Geography*, n. 87 (1), págs. 1-22.
- LATOUCHE, S. (2009): *La apuesta por el decrecimiento*. Barcelona, Icaria.
- POLI, C. (1994): “The Political Consequences of an Environmental Question”, en FERRÉ y HARTEL (eds.) *Ethics and Environmental Policy. Theory Meets Practice*. Athens, USA, University of Georgia Press.
- POLI, C. (2010): “Sustainable development: from fallacy to fraud”, *Human Geography. A new Radical Journal*, vol. 3 (2), págs. p. 63-82.
- POLI, C. (2012): “An environmentalist re-patterning of political language and practice: from freedom and justice to responsibility for nature”, *Human Geography. A new Radical Journal*, vol. 5 (2), págs. 1-13.
- SCHUMPETER, J.A. (1962): *Capitalism, Socialism and Democracy*. 3rd edition, Harper Perennial
- SWYNGEDOUW, E. (2007) “Impossible ‘sustainability’ and the postpolitical condition”, en KRUEGER y GIBBS (eds.), *The Sustainable Development Paradox. Urban Political Economy in the United States and Europe*. New York: The Guilford Press. págs. 13-40.
- UNITED NATIONS ECONOMIC COMMISSION FOR EUROPE (UNECE) (2005): http://www.unece.org/oes/nutshell/20042005/focus_sustainable_development.html [consulta: 20/07/2012]